

# El nombre perdido y buscado en América

MIGUEL ARTECHE\*

Cuando me invitaron a dar una conferencia, a raíz de la Semana de la Hispanidad, pensé de inmediato (de súbito como diría Eugenio d'Ors) en dos cosas: Primero, que ésta no sería, no podría ser, una clase magistral: a esta altura de mi vida, aún estoy en trance de aprender mi oficio de escritor; y segundo, que, y dicho esto sin falsa modestia, hablaría sólo acerca de lo que sé o creo saber, que a veces no es lo mismo. Esto es, la palabra. Un poco más allá: el nombre. Pero no la palabra, no el nombre en cualquier lugar del mundo ni en cualquier tiempo. La palabra aquí, en América. O dicho con más exactitud: la palabra, el nombre, en el lugar de nuestra tierra. Ahora. La palabra según la quiere un poeta. La palabra en este momento. No por ella misma, sino por el hombre que la emplea, y no sólo por erudición, a mil kilómetros de lo que el hombre es.

Y con ella, el nombre, repito. El nombre, que es, en primer lugar, como ustedes saben, la palabra con que designamos. Con la cual el hombre designa. Nombrar: decir el nombre de una persona o cosa. No como solemos emplearla cuando nombramos a una persona para un cargo, empleo u otra

\*Miembro de número de la Academia Chilena de la Lengua. Poeta y ensayista. Dirige Taller 9. Obras principales publicadas: *Solitario, mira hacia la ausencia* (53); *Otro continente* (57); *Destierros y tinieblas* (63); *Noche* (75).

cosa. Aquí, en otra acepción, el diccionario nos entrega esta pequeña delicia: nombrar a una persona... para cualquier cosa. Es una ironía del diccionario, al cual tanto amó Neruda. Una ironía que nunca deja de ser actual.

El nombre perdido y buscado en América. ¿Por qué perdido y por qué buscado?

Perdido y buscado para un poeta. Perdido y buscado en un inmenso espacio geográfico y en un tiempo histórico escindido, seccionado en dos tiempos, el de América y el de España. No tengan temor de que les hable latamente sobre algo así como 'el español peninsular y el español americano', o algo parecido. En este campo se han movido personas cuya capacidad de exploración y sabiduría me sobrepasa absolutamente. Y, sin embargo, el poeta sabe que todo aquello que esas personas ilustres han recogido (se entiende, los que lo hicieron con buena fortuna) no le basta. Cuando un poeta nombra, lo que nombra nace. Cuando el hombre no sabe nombrar, no puede hacer que algo nazca. Si es un poeta, le es imposible crear: se ha de mover en un mundo de fantasmas, rodeado de cosas fantasmales.

Pero no nos adelantemos.

Recuerdo muy bien un mes, un año, una ciudad. La ciudad: Madrid. El año: 1951. El mes: junio. Acababa yo de llegar a la capital española. Luego, ya en una pensión, un espacio más reducido. La cocina de esa pensión. Verano implacable el de Madrid. Frescura de la cocina. En los muros, alineados, destellantes de limpieza, los instrumentos de la cocinera. Así, la cocinera. Un español no suele avergonzarse de lo que es, porque ser algo y hacer algo bien, es tarea muy digna, cualquiera sea el rango que el uso mundano le aplique. Cocina y cocinera. Y pregunto, entonces, por los nombres de esos instrumentos. Yo conocía, por supuesto, algunos de ellos. ¿Cómo no conocerlos? Olla, sartén (la sartén: no sé por qué es femenina: debe ser que por allí lo fríen a uno), la espumadera (qué bien suena este nombre). Y luego los otros: espiche, asador, proqueta, rallador, rasera, colador, criba, estrelladera, picador, molinillo, almirez, mortero, uslero, cazoleta, besuguera, perol, cacerola (esta sí que es conocida), budinera, cuchara, cucharón, cucharilla, tenedor, trinchante, cuchillo (y sus variantes), y el resto. Porque la lista no terminaría. La cocinera me los nombró todos. Todos, sin vacilar. Cada uno de ellos cumplía, cumple, una función distinta, como es lógico, aunque algunos emplean el tenedor para otros usos. Y si cumplían una función distinta, ¿no deberían tener, diría Perogrullo, nombres distintos?

Y así en otras voces y en otros ámbitos de la geografía española. En cualquier lugar jerárquico. En cualquier oficio. Y digo oficio por la digni-

dad que el oficio representa. La dignidad de los oficios, según dijo Gabriela Mistral, que escribió sobre ellos con la maravilla de su prosa, con el asombro de su prosa (de su mejor prosa, se entiende), en la cual algunos tozudos aún no creen, a esta altura del siglo. Mal andan las cosas cuando nadie sabe bien su oficio. Pero éste es otro camino. Y regresemos.

Todas las cosas del hombre nombradas. Las del hombre y las creadas por Dios en la tierra, que es el espacio del hombre, por supuesto, colocado allí para que el hombre cree. ¿Cuántos siglos para llegar a nombrarlas? Nombres para el amor y el odio. Nombres para comunicarse o apartarse. Nombres para plantarse en la tierra y *situarse* en ella. Porque uno no puede colocarse sobre la tierra si no sabe cómo se llama, cómo se la nombra. ¿Cómo, entonces, saber dónde estoy? Ustedes recordarán algunos versos de San Juan de la Cruz. Recordarán aquello de 'un no sé qué que queda balbuciendo'. Parece que el santo tartamudea. Y es que cuando no puede nombrar porque ha agotado todos los nombres del éxtasis de su encuentro con Dios, sólo atina a balbucear, a ser otra vez como un niño que aprende a hablar, que es como estaremos cuando nos llegue el momento.

Nombres para la soledad. Nombres para nacer y morir. Nombres para designar —señalar— al que tiene el poder o al que aspira a él. A veces, ni siquiera es necesario el verbo. Basta sólo el nombre. Y, claro está, no es que sobre el verbo, que es eso que todo lo pone en movimiento o todo lo calma. Es que pienso (y que me perdonen los que sobre esto saben más que yo), se me ocurre ahora, que el nombre, o que detrás del nombre, está el verbo. Que si digo, por ejemplo, *casa*, por decirlo yo, y decirlo de manera poética, en esa casa, mi casa o la de todos, que es lo mismo, o todo está en quietud o todo se mueve dentro de ella. Ya han oído ustedes un nombre: *casa*. Y de seguro, cada uno se ha puesto a pensar en *su casa*, pero nunca en una casa permanentemente en movimiento o permanentemente quieta. Los que la tienen, y los que, por desgracia, no la tienen, pero piensan en ella.

Nombrar es lo que el poeta —el hombre— hace o debe hacer para ser poeta, para ser hombre. Si todos tienen que nombrar, el poeta realiza esa operación en una profundidad abisal. No lo hace para él solamente. Aunque, a veces, en su vanidad, crea que sólo es para él. Nombrar. Pero, ¿y si lo que lo rodea aún no tiene nombre? ¿Cuál es el nombre de aquello que no sabemos nombrar? ¿Cuál es, ante Dios, nuestro verdadero nombre, lo cual equivale a decir cuál es nuestro verdadero rostro? Desde luego no el que presentamos ante los otros.

Pero, ¿qué es el espacio y lo que hay en el espacio, si aún no tiene nombre? ¿Qué es el tiempo y lo que hay en el tiempo, si aún no tiene nombre?

Ustedes, seguramente, habrán leído las *Crónicas marcianas*, de Bradbury, libro que me parece excepcional, aunque algunos no lo crean. No voy a hacer aquí su elogio: entre otras cosas porque una persona mucho más importante que yo, el gran actor francés Jean-Louis Barrault, ya lo hizo. No se trata sólo del elogio. Y es que los hombres (los norteamericanos, se entiende) llegan a Marte, esto es, al planeta Tyrr, según la lengua marciana. Llegan. Es decir, amartizan o aterrizan, que en esto tendrán que ponerse de acuerdo más tarde los nombradores. A ellos, a los expedicionarios, les suceden muchas cosas: algunas deslumbrantes; otras aterradoras. Parece que los marcianos o han desaparecido o se esconden para jugarles ciertas tretas alucinantes. No conocen, los norteamericanos, el nombre de aquellas colinas, de esos desiertos, ríos, valles, ciudades abandonadas. Tienen que nombrarlas. ¿Y cómo? Antes de hacerlo, el capitán Wilder —el apellido, obviamente, lo trae a propósito el novelista— conversa con sus hombres. Spender, uno de los tripulantes, le dice:

En todas partes veo cosas usadas. Cosas que fueron utilizadas durante siglos. Si usted me pregunta si creo en el espíritu de las cosas usadas, le diré que sí. Todas las cosas que hoy nos rodean sirvieron algún día para algo. Nunca podremos utilizarlas sin sentirnos incómodos. Y esas montañas, por ejemplo... no tienen nombres... Nunca nos serán familiares. Las bautizaremos de nuevo, pero sus verdaderos nombres son los antiguos. La gente que vio cambiar esas montañas las conocía por sus verdaderos nombres. Los nombres con que bautizaremos las montañas y los canales resbalarán sobre ellos como el agua sobre un pato. Por mucho que nos acerquemos a Marte, jamás lo alcanzaremos...

Atención a estas palabras que Spencer dice al capitán Wilder: 'creo en el espíritu de las cosas usadas'. Pero lo usado ya tiene nombre: el nombre se ha perdido. Lawrence, en un libro que deberían leer todos los que deseen saber algo acerca de lo que pasó en América, pero en su sentido más profundo (se trata de *Estudios sobre literatura clásica norteamericana*), habla, además, de lo que él llama el 'espíritu del lugar'. No sólo las cosas usadas tienen espíritu:

Todo continente tiene su gran espíritu del lugar. Todas las gentes están polarizadas en alguna localidad particular, que es la casa y la tierra natal. Los diferentes lugares de la faz de la Tierra tienen diferentes olores vitales, diferente vibración, diferente exhalación química, diferente polaridad y estrechas diferentes...

Y más adelante agrega:

Un rasgo notable en lo que respecta al espíritu del lugar es el hecho de que ningún lugar ejerce toda su influencia sobre el recién venido hasta que el viejo habitante haya muerto o haya sido absorbido...

Hasta aquí las palabras de este libro que nos interesa. Y como el espíritu de las cosas y de los lugares ha desaparecido porque los nombres fueron borrados, no cabe otra cosa que eso: nombrar de nuevo. Resucitar las cosas por el hecho de bautizarlas otra vez. Aunque Spender crea que todo eso no servirá de nada. ¿Y cómo lo hacen? Aplican a esos territorios desconocidos los nombres que traían, los nombres de sus montañas, ríos, mares, pueblos, colinas; y agregan, a veces, un adjetivo: *nuevo* o *nueva*:

Llegaron a las extrañas tierras azules y les pusieron sus nombres: ensenada Hinkston, cantera Lustig, río Black, bosque Driscoll, montañas de los Peregrinos, ciudad Wilder (...) Los antiguos nombres marcianos eran nombres de agua, de aire y de colinas. Nombres de nieve que descendían por los canales de piedra hacia los mares vacíos. Nombres de hechiceros sepultados en ataúdes herméticos. Nombres de torres y obeliscos. Y los cohetes golpearon como martillos esos nombres; rompieron los mármoles, destruyeron los hitos de arcilla que nombraban los pueblos antiguos, y levantaron entre los escombros grandes pilones con los nuevos nombres: Pueblo Hierro, Ciudad Aluminio, Aldea Eléctrica, Detroit II, y otros nombres mecánicos, y otros nombres terrestres...

Había que nombrar, porque nombrar, además de lo que significa, era, es, una manera de permanecer.

Lo que los personajes de Bradbury hacen es lo que hace todo hombre que cambia súbitamente de espacio (no importa el tiempo) geográfico. Es lo que hace todo hombre cuando sale de su espacio y se traslada a otro, más allá de la Tierra, o dentro de la Tierra, de un mar a otro mar. Y este hecho de cambiar arrastra, al mismo tiempo, el miedo de desvanecerse en el otro espacio, de desaparecer en ámbitos desconocidos.

Y ya llegamos adonde yo quería que llegáramos. Sólo que ahora lo hago con mucho cuidado. Porque no es broma, después de todo, llegar a una tierra cuyo nombre no se conoce y cuyos hombres no tienen para uno nombres. Como no es broma, con todas las sombras y los resplandores que significó dividir en dos una historia, nombrar por primera vez, amar, matar, llevarse el oro, y al mismo tiempo, como señalaba Neruda, dejarnos otro oro mucho más perdurable: el oro de la palabra. Aunque, digo yo, había el oro, antes, de otra palabra. La palabra indígena.

Retrocedamos brevemente para dar un salto y penetrar, de manera más profunda, en nuestro tema.

Dice Ortega que "el instante en que un nombre nace, en que por vez primera *se llama* a una cosa con un vocablo es un instante de excepcional pureza creadora. La cosa —continúa Ortega— está ante el hombre aún

intacta de calificación, sin vestido alguno de nombramiento; diríamos, a la intemperie ontológica". Para enunciarla hay, pues, que elegir. 'Se trata de crear una palabra', dice Ortega. "Se trata de una cosa que es nueva, y, por lo mismo, no tiene nombre usual (...) Ahora es menester —afirma— que el que ve por vez primera la cosa se entiende él mismo al llamarla. Para ello buscará en la lengua, en aquel vulgar y cotidiano decir, un vocablo cuya significación tenga *analogía* —ya que no puede ser más— con la nueva cosa. Pero la analogía es una transposición de sentido, es un empleo *metáforico* de la palabra; por tanto, poético (...) De donde resulta —prosigue Ortega— que —quién lo diría— la creación de una terminología no es sino una operación de poesía".

He aquí, pues, una primera puerta.

El Almirante llega a una tierra que cree es otra tierra. Es decir, llega a una tierra des-conocida. Pero no llega, como suele creerse, con la cabeza vacía o con tonterías en la cabeza. Trae su visión del mundo (como la llevan los norteamericanos a Marte), mejor o peor, pero una visión del mundo. "El mismo Colón había visitado nuestras islas —dice Pedro Henríquez Ureña— con la imaginación llena de reminiscencias platónicas (la cita es del ensayista peruano Alejandro Lora Risco, en su libro *La existencia mestiza*); y en sus viajes —prosigue Henríquez Ureña— recordaba (Colón), una y otra vez, cuanto había oído o leído de tierras y hombres reales o imaginarios: leyendas y fantasías bíblicas, clásicas, medievales y particularmente las maravillas narradas por Plinio y Marco Polo. Toma a los manatíes, en el mar, por sirenas, aun cuando no le parecen 'tan hermosas como las pintan'. Imagina que los indios le cuentan de amazonas, cíclopes, de hombres con cara de perro, hombres con cola, hombres sin cabellos. Hasta el canto de un pájaro tropical se convierte, para él, en el canto del ruiseñor".

Hacia el 13 de octubre de 1492, o, dicho de otro modo, a partir del 13 de octubre comienza a sembrar nombres a su paso. Claro. Tiene que señalar, y lo que designa, en primer lugar, es el nombre de Cristo —San Salvador—. No sé si sea casualidad (no lo creo) que él, el Descubridor —el Almirante Mayor de la Mar Océana: así, en femenino— lleve el nombre que lleva: Cristóbal, esto es, *Cristo ferens*, portador de Cristo; que su nave sea la *Santa María*; que Colombo sea *paloma*. Cristóbal Colombo. Pobre Descubridor. América, como ustedes saben, debió llamarse Colombia, y no América, de lo cual no tuvo culpa, al parecer, el ilustre cartógrafo. Allá, pues, quedan anclados esos nombres: unos van a permanecer; otros, los indígenas, se impondrán a los castellanos. Cristo, su Madre, los Reyes. Comienza la operación poética: San Salvador, isla de Santa María de la Concepción, isla Fernandina, isla Sameto (a la cual pone por nombre Isabela), cabo Hermoso,

cabo de la Laguna, las islas de Arena, río de Mares, cabo de Palmas, río del Sol, la mar de Nuestra Señora, puerto del Príncipe, cabo de Campana, cabo del Elefante, isla de la Tortuga, valle del Paraíso...

Y luego su encuentro con la naturaleza. Pero de otro modo. Antes y después de nombrar, la extrañeza. Porque el Gran Almirante siente lo extraño de todo lo que le rodea:

Y vide muchos árboles muy disformes de los nuestros, y dellos muchos que tenían los ramos de muchas maneras y todo en un pie, y un ramito de una manera y otro de otra, y tan disforme que es la mayor maravilla del mundo cuánta es la diversidad de una manera a la otra ( . . . ) Aquí son los peces tan disformes de los nuestros que es maravilla. Hay algunos como gallos de las más finas colores del mundo, azules, amarillos, colorados, y otros pintados de mil maneras. Y las colores son tan finnas que no hay hombre que no se maraville y no tome gran descanso a verlos. También hay ballenas ( . . . )

Al día siguiente, ya en tierra, cuenta:

...anduve así por aquellos árboles, que era la cosa más hermosa de ver que otra se haya visto, veyendo tanta verdura en tanto grado como en el mes de mayo en el Andalucía, y los árboles todos están tan disformes de los nuestros como el día de la noche; y así las frutas y así las hierbas y las piedras y todas las cosas. Verdad es que algunos árboles eran de la naturaleza de otros que hay en Castilla: por ende había muy gran diferencia, y los otros árboles de otras maneras eran tantos que no hay persona que lo pueda decir ni asemejar a otros en Castilla ( . . . ).

El 21 de octubre sigue maravillado y preguntándose:

...y después ha árboles de mil maneras y todos de su manera fruto, y todos huelen que es maravilla, *que yo estoy el más penado del mundo de no los conocer...*

No los conoce porque no sabe su nombre. Aunque ha comenzado a oír nombres que le suenan extraños y que va a traer a la fonética de Castilla. Tan maravillado está —descubrir es maravillarse—. Pero es que ha comenzado a ‘poetizar’, es decir, a nombrar, en tanto no descubra el otro nombre.

¿Qué otra cosa va a ser el Conquistador? Siente que la naturaleza es nueva. Y compara. Es lo que hacen Cortés, Alvarado, Núñez de Vaca, Ulloa, Valdivia. Animales, mares, ríos, sabanas, árboles, plantas, pájaros, bestias: todo está allí y carece de nombre para ellos. Y carecen de nombres los hombres: valga el énfasis de sonido. El sabe, naturalmente, que hay otros, *había* otros nombres antes de que él llegara. Sabemos que otros nombres —el maya, el azteca, el inca, el mapuche— estaban allí; que cosas y hombres habían sido nombrados *antes*. Y realiza o acepta una doble

operación: traslada a su fonética el nombre indígena, lo cual ya es una manera de alejarse de él. Piensen en los nombres que Valdivia escribe al Emperador. Pienso, por ejemplo, y perdónenme que me refiera a mi persona, en mi lugar de nacimiento: Nueva Imperial. ¿Cómo se llamaba ese lugar antes? ¿Acaso el espíritu del lugar se ha desvanecido? Pienso en el lugar de mi infancia: Los Angeles. Santa María de los Angeles. ¿Cómo se llamaba antes de la llegada del Conquistador? *Había allí un nombre*. Supongamos que sí. Yo creo que el indígena *lo había nombrado todo*. Tenía que hacerlo. ¿Cómo vivir si no se sabe dónde se vive? En la extensión de la geografía americana, ellos, los hermosos nombres aztecas, mayas, incas, mapuches, comienzan a moverse junto a los nombres castellanos. Ustedes saben lo que significa Temuco, que yo conocí cuando tenía dos años, en su misma plaza. Sabemos, pero no todos lo sabemos, lo que significan muchos de esos nombres indígenas. Pero seamos honestos. O los hemos olvidado o los hemos comenzado a olvidar. Me refiero a lo que ellos significaban. ¿No es morir, digo yo, no saber lo que en esas lenguas querían decir? ¿Basta sólo con decirlos sin saberlos? Olvido el nombre y de inmediato dejo de crear. Pero, ¿cuál de ellos es el que vale? ¿El indígena o el castellano? ¿Valen los dos? Y si valen los dos, ¿no estamos ya divididos entre dos maneras hermosas de decir?

Dos nombres, entonces. Perdidos y buscados. A veces encontrados. A veces, perdidos.

Alguien ha dicho que es un falso nombre el que, después de la Caída (hablo en sentido cristiano), se impuso a las cosas, porque —agrego yo— sólo Dios sabe nuestro verdadero nombre y el de las cosas. No lleguemos tan lejos. Aunque tal vez sólo en la muerte sabremos cómo en realidad nos llamamos.

¿Cómo nombrábamos ayer? ¿Cómo nombramos hoy? ¿Sabemos los nombres de nuestra intimidad y el de nuestros ámbitos? ¿Cómo comunicarnos si a veces sólo balbuceamos? ¿No es el balbuceo (tan distinto del de San Juan de la Cruz) un signo de esa pérdida? 'En América está casi todo por nombrar', decía Gabriela Mistral. Y esta perogrullada (lo digo en el sentido profundo de Perogrullo) no parece preocuparnos mucho. Yo, a veces, tiemblo cuando veo que alguien se dispone a nombrar en Chile. A nombrar una calle, una plaza, unos jardines. Pero tiemblo mucho más cuando el que va a nombrar, como suele ocurrir en las calles santiaguinas, lo hace con el apellido de algún señor que por vender un solar o dividirlo se creyó con poder para nombrar y así vaciar sus deseos de sobrevivir a toda costa. Y más allá de la ciudad, ¿qué ocurre? El hombre no está hecho de lo que es, cuando logra ser, sino de lo que podría ser, cuando quiere serlo. Allí está el mundo

innombrado. La función de darlo a luz no debería entregarse a cualquier persona. "El mundo era tan nuevo que para llamar a las cosas había que señalarlas con el dedo", escribió García Márquez. La operación de llamar, designar, nombrar, se transforma en eso: *señalar con el dedo*. Lugar común maravilloso, pues no sólo se repetía para el Conquistador sino que se repite hoy cuando tenemos que señalar con el dedo porque no hallamos el nombre, porque se nos ha perdido.

El poeta es aquel que con ese instrumento será capaz de hacer que los hombres sientan el mundo como si fuera visto por primera vez. Esto es lo que el lector de poesía experimenta cuando lee un poema. O el auditor, cuando lo escucha. Parece que le hubieran des-cubierto el mundo, y no sólo el mundo que está más allá, sino el mundo de su más profunda intimidad.

Pero el nombrar no es sólo problema del poeta.

Un español me comentaba, hace algunos meses, y no sin sorpresa, la abundancia con que solemos los chilenos emplear los diminutivos, y al mismo tiempo ese modo tangencial que tenemos de comunicarnos. En una fuente de soda (donde no hay fuente, y a veces soda) un chileno llama al camarero (yo lo llamo así, ahora, aquí, en el supuesto de que ser camarero es algo muy noble). Digamos: al mozo. El mozo llega y pregunta: "¿Qué van a servirse?". El chileno pide: "por favor, tráigame una tacita grande de café". ¡Una tacita grande de café! ¿Cómo es esto? Si es una tacita, no puede ser grande. Lo que ocurre es que el diminutivo, de tan ser usado, deja de serlo, como todas las cosas usadas. Como las metáforas que, cuando se abusa de ellas, dejan prácticamente de existir. Pero ahora el chileno insiste: "Tráigame una tacita grande de cafecito". Esto es lo que sorprende al español. Y no es que allá no se emplee el diminutivo. En Andalucía sí se lo emplea; pero cuando es necesario su empleo, aunque abunde más que en Castilla. Nuestro diminutivo ha pasado a tener otra categoría, además. Puede haber sido, al comienzo, una manifestación de esa ternura mezclada con timidez que yo me atrevería a calificar de maternal. 'Cariño', dice el hombre español a la mujer española, y viceversa. 'Mijito', dice la chilena a su amante o a su marido o a su hijo. "¿Cómo se hizo payaso?", le preguntó un amigo mío a cierto notable *clown* chileno. "Eramos tan pobres —contestó— que teníamos que dormir, mi padre, mi madre y yo en una misma cama. Y entonces, como a veces los molestaba, mi padre me solía decir: ¡hágase payasito, mijito! ¡Y así me hice payaso, señor!", explicaba. 'Hágase p'allá' estaría bien. Pero hay que hacerlo más pequeño, había que disminuirlo, y hacerlo 'payasito'.

En tierras que no están hechas a escala humana, como el paisaje de Europa; en ciudades que tampoco están hechas a escala humana, ¿cómo,

digo yo, no empequeñecerse? Allá, en Santiago, a pocos kilómetros, la Cordillera sube hasta casi siete mil metros. "Cordillera de los Andes, / Madre yacente y Madre que anda. / Que de niño nos enloquece, / y hace morir cuando nos falta", dice Gabriela de la Gran Cordillera. Más arriba, en el norte, la fosa de Atacama. Entre la cima de la Cordillera y la sima de la fosa, miles de kilómetros. ¿Cómo no volver a empequeñecerse? Pero, ¿será sólo ese el motivo? Jung decía que "la tendencia al diminutivo, por una parte, está relacionada con la inseguridad del concepto de espacio y tiempo en el inconsciente". Esto está íntimamente metido en nuestra vida de americanos. "Quedó la mansa destrucción", solemos decir, y el adjetivo pasa a ser aumentativo, pero al mismo tiempo no pierde las características de adjetivo. ¿Cómo una destrucción puede ser 'mansa'?

Y ahora, de paso, quisiera plantear al Departamento de Lenguas y Literatura de esta Universidad de la Frontera, un desafío que podría transformarse en un hermoso trabajo. Y es un trabajo que debería hacerse de manera colectiva. ¿Cuál es? Explorar qué tiempos verbales suelen emplear con frecuencia los chilenos. Nada más, nada menos. Tal vez confirmarían esa actitud con que solemos hablarnos o hablar. Un español dice: "¡Abre la ventana!". El chileno: "Por favor, ¿quisiera abrirme la ventana?". El chileno entra en un bar madrileño y pide: "¿Me daría un chato de blanco, por favor?". Y el *barman* contesta: "Aquí lo tiene, y sin favor", mientras le pasa el chato.

¿Es dureza de uno y timidez de otro? ¿Es que uno es más fino y el otro más brusco? ¿No emplea el chileno giros pasivos, donde el español prefiere naturalmente los activos? "El español es, en su más íntima esencia, dulce y tierno, pero su apariencia es cristalina y dura", dice el conde de Keyserling. ¿Qué ha perdido, en este sentido, el español en América y qué ha ganado?

Espero que acepten este desafío. Y si ya el trabajo está hecho, miel sobre hojuelas. Sabremos así mejor lo que somos.

Y ahora, antes de terminar, permítanme leerles fragmentos de uno de los más extraños poemas de *Residencia en la tierra*, que tanto desconcertó a Amado Alonso y que tan bien ha des-cubierto el ensayista peruano Alejandro Lora Risco en su espléndido libro sobre Neruda, que ha caído, como otros de sus importantes libros, en el silencio. Lo que Lora Risco explora, sin embargo, es otro territorio que no es el del nombre. El poema —'Galope muerto'— es una llave muy importante para aproximarnos a un *mundo* que no se nos entrega por entero, porque... *no sabemos cómo se llama*. Neruda busca a tientas, en medio de la niebla, que sea el mundo en el que vive o al cual va. *No lo conoce. No lo conoce porque no sabe nombrarlo*. Toda la sintaxis se le disloca, y no se le disloca para crear un efecto puramente poético o porque

Neruda la desconozca. Es un mundo que va a nacer. Es un magma de palabras. Hay un Mar de los Sargazos en medio del cual bracea.

Como cenizas, como mares poblándose,  
en la sumergida lentitud, en lo informe,  
o como se oyen desde el alto de los caminos  
cruzar las campanadas en cruz,  
teniendo ese sonido ya aparte del metal,  
confuso, pesando, haciéndose polvo  
en el mismo molino de las formas demasiado lejos,  
o recordadas o no vistas...

Y más adelante:

¿Es que de dónde, por dónde, en qué orilla?  
El rodeo constante, incierto...

Y vuelve a preguntarse:

Ahora bien, ¿de qué está hecho ese surgir de palomas  
que hay entre la noche y el tiempo...?

Todo el poema es *un no saber* en qué espacio se encuentra. Hay mares que se pueblan por primera vez, mares rodeados de cenizas. El poeta necesita que se nombre, o poder nombrar, pues así dará vida. Pero no lo encuentra. Esta desolación de la tierra americana, en ningún poema, ni siquiera en los de *Canto general*, ha sido tan terriblemente descrita como en 'El sur del océano', incluido en *Residencia*. Tendrían ustedes que leerlo como si llegaran por primera vez a una tierra no hollada por el hombre, como los norteamericanos llegan a un planeta moribundo, cuyos habitantes al parecer han desaparecido. Y leerlo mucho más allá de categorías estéticas. Es algo más que un poema, además de ser, repito, un gran poema. Oigamos sus dos últimas estrofas:

Pero hablo de una orilla: es allí donde azota  
el mar con furia y las olas golpean  
los muros de ceniza. ¿Qué es esto? ¿Es una sombra?  
No es la sombra: es la arena de la triste república,  
es un tiempo de algas, hay alas, hay  
un picotazo en el pecho del cielo:  
oh superficie herida por las olas,  
oh manantial del mar,  
si la lluvia asegura tus secretos, si el viento  
interminable  
mata los pájaros, si solamente el cielo,

sólo quiero morder tus costas y morirme,  
sólo quiero mirar la boca de las piedras  
por donde los secretos salen llenos de espuma.

Es una región sola, ya he hablado  
de esta región tan sola,  
donde la tierra está llena de océano,  
y no hay nadie sino unas huellas de caballo,  
no hay nadie sino el viento, no hay nadie  
sino la lluvia que cae sobre las aguas del mar,  
nadie sino la lluvia que crece sobre el mar.

¿Cómo es esto? No hay nadie. El poeta busca el nombre. Se siente profundamente solo, en una soledad cósmica, porque no encuentra lo que tiene que designar. 'No hay nadie', repite cuatro veces. Aunque ya el hecho de saberlo significa que puede llegar al nombre, y ésta es cualidad principalísima de la poesía, como hemos visto.

Sin embargo, ¿la sabe el hombre que no es poeta y que prefiere usar (o copiar) lo que aparece en nuestras tierras y en otra lengua, porque, por ejemplo, está de moda? ¿Sabe cómo desfiguramos todo lo que nos rodea —'ese rodeo incierto' del que habla Neruda—? ¿No es vivir como fantasmas cuando tantas cosas que están cerca de nosotros o un poco más allá de nosotros, o mucho más allá de nosotros, *no tienen nombre...* porque hemos perdido su memoria? ¿No es la operación de nombrar la que hace que el poeta —el hombre— sepa *dónde se encuentra*? Hay algo, creo, infinitamente perdido en América, a la que llamamos *nuestra*. Si realmente nos perteneciera, ¿para qué llamarla *nuestra*?

Les decía, al comenzar, que hablaría desde mi circunstancia de poeta; y la circunstancia de un poeta, agregaba, en trance de aprender su oficio. No se extrañen, entonces, de que haya hecho tantas preguntas, que yo mismo me las haya hecho, y todas referidas a la palabra y al nombre. Y me las hice pensando en que nunca como ahora ha sido tan importante entendernos, porque el entendernos es una tarea de amor, por no decir de justicia. Pienso que a veces nos destruimos o nos odiamos porque hemos olvidado los nombres auténticos de las cosas y de los hombres, en un mundo en que cualquier nombre sirve para cualquier cosa, y en que unos entienden por amor lo que otros entienden por odio. Esta es la erosión de la palabra. Es este haberse olvidado lo que el nombre *es*. Este habernos como perdido en un abismo donde las cosas yacen dormidas porque aún no han sido despertadas, es decir, nombradas. Damos por sabido que para arreglar el mundo basta con pedir esto o aquello, o luchar por esto o aquello. Nunca dejemos de

recordar, nunca olvidemos las palabras de San Mateo: "Donde dos o tres se junten en mi nombre, yo estaré en medio de ellos". Repito: 'en mi nombre'. Si no invocamos ese nombre no podemos reunirnos con El. ¿No parece posible que ese nombre y los miles de nombres que no conocemos puedan aparecer en medio de nosotros para que al reunirnos seamos más humanos, para que los hombres sean más humanos, y no, como parece en estos tiempos, lobos para los hombres?

Esta es la tarea a la cual los invita un poeta cuyo amor por la palabra y por el nombre no se hace para su propia vanidad. Ojalá que estas reflexiones, estas pequeñas reflexiones, tres días antes de otro aniversario del Descubrimiento sirvan para eso. Se lo llama el Día de la Raza. Permítanme que haga un juego de palabras, no demasiado ingenioso, y no importa que no lo sea, pues se trata de algo mucho más profundo que el ingenio. Para mí es el Día de la Caza. Que no se me malinterprete. Es la caza de la palabra, es la caza del nombre. "El poeta que va a hacer un poema", contaba Federico García Lorca, (...) "tiene la sensación vaga de que va a una cacería nocturna en un bosque lejanísimo. Un miedo inexplicable rumorea en su corazón...". De esto se trata. 'Una cacería nocturna'. ¿Cómo no vamos a sentir miedo si no encontramos el nombre que hará el *fiat* del nacimiento?

El mundo —no lo olviden nunca— se construye a partir del nombre. En América lo perdimos y lo buscamos, o debemos buscarlo. Esta es una tarea de todos y para todos. Así se construye el mundo: con los que saben nombrar. Se construye con el nombre y se enriquece con él.